

los pormenores relativos á la evacuación de los países conquistados. Con su acostumbrada actividad expidió inmediatamente las órdenes consiguientes á la paz que acababa de firmar: mandó al mariscal Marmont que fuera á establecerse á Laybach en la Carniola; al príncipe Eugenio que regresase al Friul con el ejército de Italia; al mariscal Massena que se encaminase de Znaim á Krems; al mariscal Oudinot que dejase á Viena para pasar á Saint Polten, y por último al mariscal Davout que dejase á Brunn por Viena. Debía formar este último la retaguardia del ejército con su soberbio cuerpo, los coraceros y la artillería, formando la guardia imperial la vanguardia. Los caballos de la artillería debían dividirse en tres porciones, una que se mantuviese en la Carniola, otra que fuese con el mariscal Davout á las provincias del Norte de Alemania y otra que pasase á España. Convino en que comenzaría la evacuación el mismo día de la ratificación del tratado, y seguiría verificándose á medida que se fuese pagando la contribución de guerra.

Dominado Napoleón por la idea de acabar cuanto antes los negocios de España enviando allí una masa de fuerzas considerable, sin distraer parte ninguna de los cuerpos organizados que acababan de hacer la campaña de Austria, hizo refluir hacia los Pirineos todas las huestes que iban marchando hacia el Danubio. El cuerpo del general Junot, agregándole las tropas que había en Suabia y las guarniciones de la Prusia, podía presentar unos treinta mil infantes y cerca de cuarenta mil combatientes de todas armas añadiendo los dragones provisionales, los regimientos de marcha de husares y cazadores y la artillería.

El ejército del Norte debía reunir unos quince mil hombres de tropa de línea en cuanto el mariscal Bessieres recuperase á Walcheren, sin contar con los guardias nacionales. Los depósitos del centro, de Bretaña y de los Pirineos contenían unos treinta mil reclutas completamente formados. Ocho nuevos regimientos de la guardia (cuatro de reclutas y cuatro de tiradores) representaban cerca de diez mil bisoños llenos de ardimiento y ganosos de gloria. Por último, la división de Rouyer, compuesta de los contingentes que habían enviado los príncipes alemanes de segundo orden, y que Napoleón se proponía enviar á España, debía arrojar unos cinco mil combatientes más. Entre todos estos cuerpos reunidos se juntaban por lo menos unos cien mil hombres, á cuya cabeza quería Napoleón entrar en España después de despachar en París sus negocios más urgentes y en cuanto pasasen los grandes fríos del invierno. A tal punto le preocupaba la idea de dejarlo todo arreglado en Europa y de poner un término á sus continuas guerras, que mandó dirigir á la península sin demora las fuerzas que acabamos de enumerar, para que cuando llegase á París hubieran ya empezado á cumplirse aquellas órdenes, de ejecución siempre prolija. Estimuló muy particularmente á Bessieres para que acelerase la reconquista de Walcheren con los quince ó veinte mil hombres de tropas de línea y los treinta mil de guardia nacional que tenía á su disposición. De estos últimos habíanse armado sesenta y cinco mil, causando una gran conmoción en las provincias del Norte y gastos inmensos, y so pretexto de custodiar las costas del Mediterráneo iba Fouché á hacer extensivo

el armamento á todos los departamentos del Sur. Al propio tiempo se había sacado de sus casas á muchos oficiales del tiempo de la revolución que, unos por impericia y otros por mal espíritu vivían en clase de retirados. Mr. Fouché había querido con esto halagarlos, y el ministro Clarke por su parte, á falta de auxiliares mejores, había tenido que aceptar sus servicios. Pero Napoleón, que desconfiaba con facilidad, reconvino severamente á Fouché por estar removiendo la Francia entera por un peligro ya tan remoto, y tan apartado sobre todo de las provincias puestas en conmoción con aquel intempestivo llamamiento. Dijo que comprendía que se llamase á las armas á treinta ó cuarenta mil hombres en el Norte, cerca del punto de la invasión extranjera en el momento mismo de recibirse la noticia de ésta; pero que armar hasta doscientos mil hombres en la Provenza y en el Piamonte á los tres meses de verificada la expedición, *era una locura*. Hasta insinuó que en semejante medida se descubriría algo más que la falta de prudencia y recto juicio. Mandó licenciar la guardia nacional de París, compuesta de jóvenes que presumían, no precisamente servir al país, sino guardar la persona del emperador, é hizo decirles que para merecer este honor necesitaban tener cuatro cuarteles en su escudo, es decir, cuatro heridas por lo menos recibidas en cuatro grandes batallas, y que él no necesitaba de hombres que ambicionaban bonitos uniformes y no peligros. Mandó enviar á sus casas á la mayor parte de los oficiales sacados de su retiro, recomendando que se echase mano de los mayores de los regimientos, que eran todos oficiales llenos de mérito. Por último, después de expresar con dureza la desconfianza que le inspiraba la agitación tan temerariamente producida, dictó instrucciones para que antes de su regreso hubiese vuelto todo á su ser ordinario, y para que de todas partes fuesen afluyendo hacia España las fuerzas disponibles.

Tomadas estas disposiciones en menos de veinticuatro horas se dispuso á partir sin esperar la respuesta de Dotis para que la ratificación no pudiera negarse, pues no parecía probable que se atreviese la corte de Austria á enviar tras él para decirle que se rechazaba la paz. Un hecho ocurrido poco antes de su partida le dió mucho qué pensar á él y á todos los que le rodeaban. Pasaba el día 12 por la mañana en Schoebrunn una de aquellas grandes revistas en que figuraban las tropas más rozagantes de Europa, y á que acudía el público con tanta curiosidad en Viena, en Berlín, en Varsovia y Madrid, como en París. Asistía á aquel imponente espectáculo un gentío inmenso, procedente de la capital, ansioso de contemplar á su vencedor, á quien admiraba tanto como aborrecía. La paz por otra parte se anunciaba como segura, y ya empezaba á suceder al justo dolor de la nación austriaca una especie de júbilo. Presenciaba Napoleón tranquilo y risueño el desfile de sus tropas, cuando un joven vestido con levitón como de militar antiguo, avanzó hacia él diciendo que quería poner una petición en manos del emperador de los franceses. No le dejaron aproximarse, pero él insistía con tal empeño que lo advirtieron el príncipe Berthier y el ayudante de campo Rapp, y tanto les chocó, que se apoderaron de él los gendarmes de la policía de los cuarteles generales. Al prenderle un oficial de aquel

cuerpo tocó un objeto duro bajo su levita, le registró, y le encontró un cuchillo largo y muy afilado, indudablemente destinado á un crimen. El joven con la serenidad resuelta de un fanático declaró que su proyecto al acechar á Napoleón armado de aquella manera, había sido realmente el dease sinarle.

Dióse conocimiento del hecho al emperador, el cual después de la revista quiso ver é interrogar á su asesino: hizo que le condujesen á su presencia, y le dirigió varias preguntas delante de Corvisart, á quien había llamado á Schoebrunn por lo mucho que gustaba de la conversación de este célebre médico, y para consultarle sobre su salud á pesar de que la tenía por lo general muy buena.

El joven reo, cuya fisonomía era apacible y hasta hermosa, y cuya mirada ardiente revelaba un alma exaltada, era hijo de un cura protestante de Erfurth, y se llamaba Staaps. Había desaparecido de la casa paterna con un poco de dinero, dando á entender que cobijaba algún designio grave, y dejando desconsolada á su familia con su fuga y sus proyectos, temidos aunque ignorados. Decía él que iba á libertar á la Europa, y principalmente á su patria, del conquistador que la maltrataba: suponía haber recibido del cielo esta misión, á la cual estaba resuelto á sacrificar su vida. No tenía cómplices, y su alma embriagada de esta criminal locura se había reconcentrado en sí misma en vez de franquearse con otros. Habiéndole interrogado Napoleón con afabilidad qué había ido á buscar á Schoebrunn, confesó que sólo había ido á asesinarle. Preguntó Napoleón por qué, y respondió que para libertar al mundo de su genio funesto, y particularmente á la Alemania hollada con su planta. «Sin embargo, repuso Napoleón, para proceder con justicia debieras haber dirigido el golpe al emperador de Austria y no á mí, puesto que él ha sido quien me ha declarado la guerra.» Pero la respuesta de Staaps probó que no alcanzaba él tanto, sino que cediendo á la opinión vulgar miraba al emperador de los franceses como causa única de los infortunios de Europa. Compadecido de él Napoleón hizo que le reconociese su médico Corvisart, el cual declaró que no estaba enfermo, que tenía el pulso tranquilo y todas las señales de una salud cabal. En seguida preguntó Napoleón al joven Staaps si renunciaba á su criminal intento: «Sí, si dais la paz á mi país; no, si no se la dais.» Sin embargo, el asesino llevado á su prisión pareció admirado de la afabilidad y de la dignidad benévola del hombre á quien había intentado asesinar, y para ahogar su remordimiento tuvo que apelar á su patriotismo feroz. Encomendóse á Dios, escribió á sus padres y se dispuso á morir.

No demostró Napoleón gran sensación por este accidente, y afectó indiferencia, diciendo que no era fácil asesinar á un hombre como él. Sabía que era difícil que nadie se le acercase, y contaba además con el prestigio de su gloria y con su fortuna, á la que tantas veces había entregado su vida con heroico desdén. Una cosa sin embargo le dió mucho en que pensar, cual era no ser ya la revolución francesa, sino él, él solo, el objeto del aborrecimiento universal, como único autor de los males del siglo y causa de la agitación incesante y terrible en que estaba el mundo. Sólo su nombre pronunciaba ya la Europa en sus dolores ¡Ojalá hubiera

sabido sacar de la declaración de aquel reo fanático una lección profunda y duradera, en vez de una impresión fugaz mezclada de cierta compasión hacia su asesino y de tristeza por su seguridad propia! Todo en efecto era indicio del violento enojo que empezaba á germinar en los corazones, pues la policía sorprendió varias comunicaciones que denunciaban conatos de regicidio, y hasta logró que un soldado á quien en la isla de Lobau habían hecho proposiciones para que matase al emperador lo revelase.

Empezaba Napoleón á sentir su aislamiento moral, y se prometió remediarlo; pero mandó no se diese la menor importancia á aquel sucesos (1): pensó también un instante en perdonar al culpado, mas reflexionando que era escarmentar á la juventud fanática de Alemania, entregó á Staaps á una comisión militar, y partió en la noche del 15 de octubre, dejando encargado que se le comunicase á Passau por medio de señales lo que se resolviese en Dotis. Estaba organizado este sistema de señales desde Viena á Estrasburgo en toda la línea del Danubio por medio de pabellones. Un pabellón blanco indicaba que la paz estaba ratificada, y uno rojo que quedaba rechazada, en cuyo último caso regresaría al instante para romper de nuevo las hostilidades. La evacuación, por el contrario, empezaría sin demora si se ratificaba la paz. Al retirarse los franceses debían volar las fortificaciones de Viena, Brunn, Raab, Gratz y Clagenfurth: triste despedida para los austriacos, pero ajustada á las leyes de la guerra.

Mientras Napoleón atravesaba rápidamente el valle del Danubio entre las columnas de su guardia que iba ya marchando hacia Estrasburgo, y que le recibía con aclamaciones, el gabinete de Dotis recibía con muestras de desesperación el tratado celebrado en Viena. En vano alegaron el príncipe de Liechtenstein y el general Bubna la imposibilidad en que se habían visto de sacar mejor partido y la seguridad de haberse inmediatamente renovado las hostilidades si no hubiesen cedido: tuvieron que aguantar las más violentas y duras convenciones. Los diplomáticos, de quienes tanto se

(1) Al ministro de Policía.

«Schoebrunn, 12 de octubre de 1809.

»Un joven de 17 años, hijo de un cura luterano de Erfurth, ha querido acercarse á mí en la revista de hoy: detuvieronle unos oficiales, y habiendo advertido en aquel muchacho cierta turbación, concibieron sospechas, le registraron, y le quitaron un puñal que llevaba escondido.

»Le he hecho venir á mi presencia, y el bribonzuelo, que no carece de cierta instrucción, me ha declarado que quería asesinar para libertar al Austria del yugo de los franceses. No he advertido en él fanatismo religioso ni político: pareceme no estar muy enterado de quién era Bruto. La exaltación que le dominaba no ha permitido averiguar más. Volveré á interrogársele cuando esté más sereno y ayuno, y es posible que no resulte nada de particular. Va á ser entregado á una comisión militar. He querido informar á usted de este suceso para que no se le den proporciones que hasta ahora felizmente no tiene. Espero que no trascenderá demasiado; pero si sucediese lo contrario será menester hacer pasar este individuo por loco. Tenga usted esto secreto si no se habla de ello. En la revista ningún efecto ha hecho, y ni yo mismo lo eché de ver.

»P. D. Le repito á usted de nuevo, aunque debe usted conocerlo muy bien, que es preciso no se hable de este suceso.

habían burlado ellos y todos los militares por su pesadez, se vengaban ahora tachándolos de inexpertos y de víctimas. El príncipe de Liechtenstein, á pesar de la gloria adquirida en la última campaña, y el general Bubna á despecho del favor que gozaba, cayeron por decirlo así de la gracia imperial y fueron enviados al ejército. Aceptóse sin embargo el tratado de que tanto se murmuraba por no tener más guerra con Napoleón, y principalmente por no privar al excelente pueblo austriaco de una paz de que el francés le había ya hecho poseedor con su anticipado anuncio. Para portador de las ratificaciones eligió á otro negociador, que fué Mr. de Urbna, gran camarlingo del emperador, encargándole reclamase algunas modificaciones con respecto á la cantidad y á los plazos de la contribución de guerra. A estas reclamaciones, recibidas cortésmente, pero transmitidas al emperador, siguió el canje inmediato de las ratificaciones, que tuvo lugar el 20 de octubre por la mañana. Inmediatamente el príncipe Berthier, que no esperaba más que esta señal para comenzar la evacuación, mandó al mariscal Oudinot, acampado sobre Viena, que rompiera el movimiento siguiendo por el camino de Estrasburgo á la guardia imperial; al mariscal Davout que pasase de Brunn á Viena, al mariscal Massena que se trasladase de Znaim á Krems, al mariscal Marmont, acampado en Krems, que tomase por Saint-Polten y Lilienfeld la vuelta de Laybach y al príncipe Eugenio que se dirigiese por Edemburgo y Leoben al camino de Italia. Mandó al mismo tiempo pegar fuego á las minas abiertas bajo los baluartes de la capital, y mientras los vieneses veían alejarse nuestras tropas con ojos en que ya no se pintaba la cólera, oyeron las repetidas detonaciones que les anunciaban la ruina de sus murallas. Afectáronse profundamente; y quizás hubiera sido posible evitarles una nueva pesadumbre renunciando á aquel acto de previsión que era de muy dudosa necesidad.

Trasladóse Napoleón primeramente á Passau para disponer las obras que habían de convertir esta ciudad en una de las principales plazas de la confederación. Sabedor por las señales convenidas de que no ocurría dificultad alguna, pasó á Munich, donde esperó con la familia del príncipe Eugenio los despachos que debían decidir su viaje á París ó á Viena. Habiendo finalmente recibido por un expreso la noticia de las ratificaciones, se despidió de sus aliados, nuevamente engrandecidos con su protección, y partió para Francia, donde le esperaban muy graves asuntos, harto tiempo abandonados ó conducidos con excesiva dureza desde el campo de batalla.

Entre los negocios á que tenía que atender era el más grave y desconsolador el de Roma, de cuyas tristes vicisitudes es bien digamos ya algo. Se recordará que cuando Napoleón, resuelto á acabar con el antiguo orden de cosas en Europa, había querido romper con la casa de España y con el papa, se apoderó de las Legaciones, que agregó al reino de Italia como nuevos departamentos, é hizo que el general Miollis ocupase á Roma. Para justificar esta ocupación, pretextó la necesidad que tenía de unir por el centro de la península sus ejércitos del Norte y Mediodía de Italia, y la de precaverse contra las insidias de que Roma era continuamente teatro. Desde aquel día la situación se había hecho

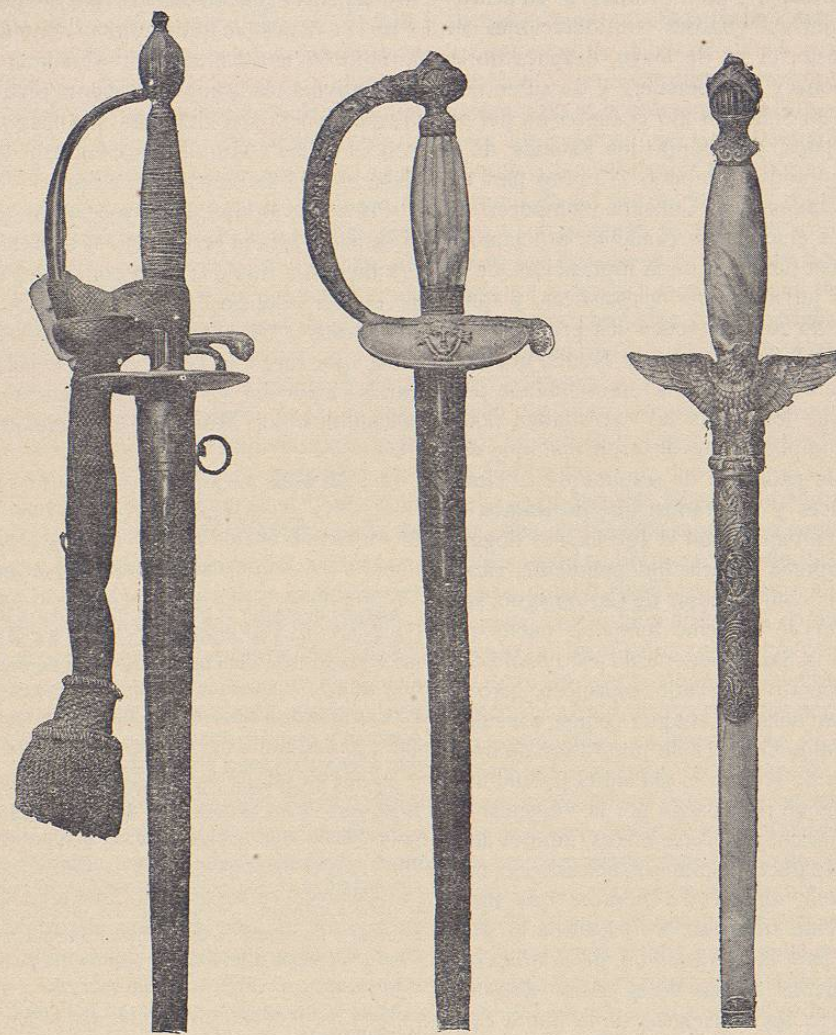
intolerable. El papa, retirado al Quirinal, vivía encerrado allí como en una fortaleza, dando ocasión á escenas tan deplorables para el poder opresor como para el poder oprimido. El general Miollis, condenado á hacer un papel desairado, enteramente ajeno á su índole, porque era aquel intrépido capitán tan ilustrado como recto, esforzabase en vano en suavizar su riguroso cometido. Pío VII, indignado hasta el más alto punto como pontífice de la violencia que se hacía á la Iglesia, y resentido como príncipe de la ingratitud de Napoleón, á quien había ido á consagrar á París, no podía ya contener los impulsos que le dominaban y que, sin amenguar el afectuoso y sagrado interés que se merecía, le hacían perder parte de su dignidad. Quiso Miollis el día primero de año visitarle acompañado de su estado mayor y se negó á recibirle. Los cardenales por su lado desairaron también las invitaciones que les dirigió el general, pretextando hallarse indispuestos, y éste como dando crédito al pretexto, envió á saber de la salud de todos ellos. Finalmente, no pudiendo el papa disponer del tesoro romano y resuelto á no pedir nada á nadie, empuñó la magnífica tiara que le había regalado Napoleón cuando la consagración, y así iba sosteniéndose aquel triste cambio de epigramas, que no debió jamás haber tenido lugar en las relaciones ya de suyo dificultosas de dos potencias tan diferentes entre sí por la naturaleza de su poder. Imposible que de aquellos proceder tan ofensivos no se originasen muy pronto enojosas violencias. En efecto, en cuanto se supo que el papa enviaba protestas á las cortes extranjeras, se interceptaron sus correos: prueba suficiente de lo que tan perfectamente había comprendido en otro tiempo el primer cónsul, á saber, que el papa para obrar con independencia debía ser soberano temporal del territorio en que residía. Pero Pío VII, que se suponía prisionero, no quiso tener correspondencia con el gobierno francés ni con otro alguno.

Las tropas romanas, hábilmente halagadas por el general Miollis, que las había llegado á convencer de que incorporándose con las tropas francesas no llevarían más el antiguo apodo de *soldados del papa*, aceptaban gustosas la incorporación. El papa en castigo quiso desnaturalizarlas, y cambió el uniforme y escarapela del ejército romano, concediendo sólo el nuevo distintivo á las tropas que se le habían conservado fieles, es decir, á la guardia noble y á la suiza que ocupaban su palacio. No tardaron los más mozos entre los que componían la guardia noble, ofendidos del trato que sufría su soberano, en desafiar á los franceses con una arrogancia verdaderamente honrosa atendida su posición, y el general francés, á su vez, cediendo á un movimiento de orgullo ofendido, allanó el Quirinal, forzó sus puertas y desarmó á la guardia noble dentro del palacio mismo del soberano pontífice. Cometido este ultraje, no debía ya extrañarse cualquier violencia. Desde que Pío VII había separado de su lado al cardenal Consalvi, había tenido sucesivamente de secretario de Estado al cardenal Gabrielli y al cardenal Pacca. Tratóse de prender á este último dentro del Quirinal; pero el papa, desplegando con este motivo toda la majestad de su edad y de su dignidad suprema, salió en traje pontifical al amparo de su secretario de Estado y nadie se atrevió á tocarle en su presencia. Hízole después acostarse en una pieza al

lado de su dormitorio y allí se aislaron ambos con unos pocos criados leales que alternaban día y noche vigilando todos los accesos del palacio Quirinal, cuyas puertas y ventanas estaban enteramente cerradas.

Arrastrado de este modo Napoleón á una encarnizada lucha contra el antiguo orden europeo, de la que habían sido como primero, segundo y tercer acto, la deplorable

Pero Napoleón, obcecado por la pasión, olvidando que después de haberse declarado en Vincennes émulo de los regicidas y en Bayona compañero de los que hacían la guerra á la Europa para establecer en ella la república universal, rivalizaba en el Quirinal con los que habían destronado á Pío VII para crear la república romana; olvidando que antes había él mismo condena-



ESPADAS DE NAPOLEÓN

1. Espada de teniente de artillería. — 2. Espada del Instituto. — 3. Espada de gala

catástrofe de Vincennes, el atentado de Bayona y el cautiverio de Pío VII (no menos triste que los dos primeros), iba insensiblemente olvidando todos los respetos que debía al carácter, á la edad y á las virtudes del pontífice, toda la gratitud que debía á su conducta, y particularmente las consideraciones que estaba obligado á guardar á un poder que él mismo había restaurado y que no podía derribar sin incurrir en la más deplorable inconsecuencia. A pesar de su grandeza, ¡cuánto no habían de reirse de él ahora los pocos filósofos que rodeaban en París á Sieyès, á Cabanis y á Tracy, y que tanto habían censurado el Concordato! Porque, en efecto, mucho mejor que venir á parar á los escándalos del Quirinal, hubiera sido lo que ellos pretendían, que las dos potencias, en vez de entrar en relaciones y firmar tratados, se hubiesen olvidado del todo y vivido como completamente extrañas la una á la otra.

do á unos y á otros al desprecio, y que había conseguido la corona afectando ser enteramente distinto de ellos, puso en breve el colmo á su inaudito proceder con la resolución de destronar á Pío VII y de arrebatarse el cetro dejándole sólo la tiara. Que obrasen así los que habían trazado la constitución civil del clero y creado la república romana, nada más natural ni que pudiese más honrosamente justificarse, puesto que en todo caso procedían con arreglo á su sistema; pero semejante conducta en el autor del Concordato era un olvido completo de sí mismo, verdaderamente desconsolador para los que admiraban su privilegiado genio, alarmante para los que pensaban en el porvenir de la Francia, y hasta imposible de explicar no teniendo presente el axioma, tantas veces comprobado por la historia, de que el hombre más grande es un niño en dejándose dominar por sus pasiones.

Es preciso que acabe esta comedia, había escrito Napoleón en una de sus cartas, y verdaderamente no podía durar más tiempo. Asésinar al pontífice, lo cual seguramente repugnaba el corazón noble de Napoleón, hubiera sido menos malo que dejarle en el Quirinal acalorándose y hasta degradándose con la exasperación en que vivía. Tomó, pues, Napoleón el partido de suprimir el poder temporal del papa, y para pronunciar su sentencia esperó á no tener que guardar consideraciones con el Austria. En efecto, el 17 de mayo, después de las batallas de Ratisbona y de Ebersberg y de su entrada en Viena, decretó en Schœnbrunn la supresión del poder temporal del papa, declarando los Estados de la Santa Sede incorporados al imperio. Nombró para administrar estos Estados una Consulta compuesta de príncipes y simples ciudadanos romanos, proclamó la abolición de las sustituciones, de la inquisición, de los conventos y de las jurisdicciones eclesiásticas, y aplicó finalmente al Estado romano todos los principios de 1789. Dejó á Pío VII los palacios de Roma, una consignación de dos millones y toda la representación pontifical, diciendo que los papas no necesitaban poder como reyes para cumplir su misión espiritual; que esta misma misión había padecido de resultados de su doble carácter de pontífices y soberanos; que no trataba de introducir la menor alteración en la Iglesia, sus dogmas y ritos; que se proponía dejarla independiente, rica y respetada, pero que, como sucesor de Carlomagno, sólo retiraba la dotación de un reino temporal hecha por aquel emperador á la Santa Sede: todo esto expresado en un lenguaje imperativo, elevado, especioso, pero sumamente extraño en boca del antiguo primer cónsul.

Este decreto se anunció el 11 de junio á son de trompeta á la población de Roma, en la cual el pueblo bajo y el clero se mostraban indignados por la violencia cometida con su pontífice, y la clase media, aunque muy dispuesta á ver desaparecer el gobierno eclesiástico, muy desconfiada por venir aquello del hombre que había ahogado la revolución francesa. No esperaba el papa más que este acto para la excomunión, arma única que quedaba en sus manos. Varias veces había intentado servirse de ella, pero los consejeros de la Santa Sede habían desistido por el temor de descubrir que aquella arma tan poderosa en otro tiempo estaba ya embotada, y por el recelo de provocar á rigores todavía mayores á aquel príncipe de reciente origen si en él producía algún efecto. Habían acordado, sin embargo, que se fulminase el anatema si llegaba á decretarse la supresión del poder temporal. Previendo este acontecimiento, teníanse de antemano extendidas, copiadas de puño y letra del papa y firmadas las bulas que declaraban excomulgados con todas sus consecuencias, no á Napoleón declaradamente, sino á todos los autores y cómplices de los actos de violencia y despojo ejercidos contra la Santa Sede y el patrimonio de San Pedro; así que, en cuanto se publicó el decreto de 17 de mayo, apareció en San Pedro y casi todas las iglesias de Roma, puesta allí por manos fieles y arriscadas, buscadas por medio de secretas inteligencias entre los del Quirinal y los de fuera, la bula de excomunión fulminada contra Napoleón en su mismo trono, la cual, aunque ya no recibía fuerza del sentimiento religioso actualmente enervado, iba sin embargo á encontrar apoyo en la justicia humana, cansada de los

actos de violencia é ingratitud cometidos por el conquistador contra el pontífice que le había consagrado. La policía francesa arrancó aquellos atrevidos carteles, pero la bula corrió de mano en mano para difundirse en breve hasta los últimos confines de Europa. Estos dos actos, tan ajustados uno á otro, iban á conducir al último grado de exasperación á las dos potencias personificadas en el general francés y en el pontífice romano, y no era ya posible que siguiesen contemplándose frente á frente sin echar mano de la violencia física. Para todo lo relativo á los asuntos de Roma seguía Napoleón correspondencia con el general Miollis, y principalmente con su cuñado Murat, que como rey de Nápoles mandaba en jefe las tropas invasoras.

Previendo lo que podía suceder, le había escrito que si se hacía alguna resistencia al decreto de 17 de mayo era menester tratar al papa como se trataría al arzobispo de París dentro de París, y hasta si era preciso poner presos al cardenal Pacca y á Pío VII. Esta instrucción, que luego le pesó haber enviado, contenida en varias cartas del 17 y 19 de junio (1), llegó á Roma transmitida por Murat en el momento más crítico y

(1) Las cartas son estas:

*Al rey de Nápoles.*

*«Schœnbrunn, 17 de junio de 1809.»*

»Acabo de recibir la carta de V. M. del 8 de junio. Habrá usted sabido ahora la muerte de Lannes y de Saint-Hilaire. Durosnel y Foulér han caído prisioneros en unas cargas que se han dado muy lejos de los nuestros. Desearía que estuviera usted á mi lado, pero en la actualidad conviene no se aleje usted de Nápoles. Si ocurre otra campaña cuando por ahí esté todo sosegado, no será difícil llamarle á usted al ejército.

»Habrá usted visto por mis decretos que he tratado muy bien al papa, pero es con la condición de que se esté quieto. Si trata de urdir tramas con hombres sediciosos como el cardenal Pacca y otros, no hay que tolerarlo, sino conducirse en Roma como me conduciría yo en París con el cardenal arzobispo. Creo conveniente darle á usted esta explicación. Es preciso hablarle al papa claramente y no tolerar la menor oposición. Las comisiones militares están para juzgar á los frailes y agentes que se proponen á cometer excesos.

»Una de las primeras medidas de la Consulta debe ser suprimir la Inquisición.

»NAPOLEÓN.»

*Al rey de Nápoles.*

*«Schœnbrunn, 19 de junio de 1809.»*

»Le envío á usted su ayudante de campo, el cual le dará noticia de la batalla que el príncipe Eugenio acaba de ganar contra el archiduque Juan y el archiduque Palatino reunidos, en el mismo día en que ganamos la batalla de Marengo.

»Le he escrito á usted por medio de Caffarelli que salió de aquí el 17. A su llegada á Italia le habrá mandado á usted mis despachos por un correo. Ya le he manifestado á usted que desee se activen todo lo posible los asuntos de Roma sin contemplaciones de ningún género. No hay que respetar asilo ninguno si mi decreto del 17 no es sumisamente acatado, y no debe sufrirse la menor oposición bajo ningún pretexto. El papa mismo, si contra el espíritu de su estado y del Evangelio predica la sedición, é intenta valerse de la inmunidad de su casa para hacer imprimir circulares, deberá ser preso. Ya pasó el tiempo de semejantes escándalos. También Felipe el Hermoso puso preso á Bonifacio, y Carlos V tuvo mucho tiempo arrestado á Clemente VIII, aunque aquéllos habían dado menos motivos. Un sacerdote abusa de su poder predicando á las autoridades temporales la discordia y la guerra en vez de predicarles la paz.

»NAPOLEÓN.» (N. del A.)

cuando mayor era la inquietud por lo ocurrido con la bula. Había llegado á vista de Civitavecchia un armamento inglés cuya importancia se exageraba la gente de Roma, y que no era más que un destacamento de las fuerzas británicas que residían en Sicilia, y todos andaban alborotados. La abolición del gobierno eclesiástico en todas las poblaciones y su sustitución con autoridades civiles provisionales producían una perturbación general. Anunciábase á cada instante el toque de rebato en Roma, á cuya señal se suponía acometerían los transtiberinos á los franceses, que no eran ya más que tres ó cuatro mil por haberse llevado el rey Murat todas sus fuerzas al litoral para observar los movimientos de la marina británica. Anunciábase la asonada para el 29 de junio, día de la festividad de San Pedro: decíase que Pío VII saldría aquel día del Quirinal en hábitos pontificales, fulminaría de su propio labio el anatema, aboliría á todos los súbditos del imperio del juramento prestado á Napoleón y daría la señal para la insurrección general de la Italia.

Hallábase á la sazón en Roma, enviado para dirigir la policía y organizar la gendarmería en Italia, el coronel Radet, oficial ahora del cuerpo de gendarmes, hombre arriscado y muy astuto y muy á propósito para cualquier golpe de mano. Alojado junto al Quirinal en el palacio de Rospigliosi, llenó de espías la morada del papa, y puso gente de confianza cerca del campanario del Quirinal para que se apoderasen de la campana destinada á dar el toque de rebato. Aunque no se habían realizado aquellos pronósticos, las autoridades francesas habían entrado muy en cuidado, á tal punto que creyeron no poder haber seguridad en Roma mientras continuasen en ella el papa y su ministro el cardenal Pacca, tenido por alma y principal agente del partido eclesiástico más exaltado. Prender al cardenal Pacca dejando al papa, del cual no se separaba, parecía imposible é insuficiente; prenderlos á los dos parecía el medio único de salvación. Repugnaba, sin embargo, cometer este atentado, que era digna consecuencia del de Bayona, mas las cartas tan imprudentemente escritas por Napoleón á Murat, y comunicadas por éste al general Miollis, vencieron todos los escrúpulos. Con todo, el general Miollis titubeaba aún; pero insistió el coronel Radet alegando que no era posible gobernar en Roma si no se hacía un escarmiento, y se resolvió prender al papa con las precauciones convenientes y llevarle á Toscana, donde se decidiría lo que había de hacerse con su sagrada persona, muy embarazosa en verdad en Roma, pero igualmente embarazosa en todas partes como testimonio vivo que iba á ser de una odiosa é inútil violencia.

Tomadas las disposiciones necesarias y escalonado el cuerpo de gendarmes en el camino de Roma á Florencia, asaltó el coronel Rodet el Quirinal el 6 de julio á las tres de la madrugada, en el momento mismo de estarse desplegando nuestro ejército para dar la batalla de Wagram. Estando cerradas las puertas, escaló con su gente las tapias del jardín, se metió en el palacio por las ventanas, y llegó al aposento del papa, que, noticioso del asalto, había ya vestido apresuradamente el traje pontifical. Hallábase con él el cardenal Pacca con otros varios personajes del estado eclesiástico y civil. Mostróse el pontífice indignado: su mirada, comun-

mente viva pero benigna, parecía lanzar llamas. Al ver al coronel Radet que iba capitaneando á nuestros soldados, tan odiosamente trocados en vencedores de un anciano indefenso, le preguntó el papa qué era lo que buscaba de aquella manera, y Radet avergonzado se disculpó alegando órdenes superiores que le era forzoso obedecer, y le dijo que tenía encargo de conducirlo fuera de Roma. Conociendo Pío VII ser vana toda resistencia, pidió que le acompañasen el cardenal Pacca y algunas otras personas de su servidumbre, y le fué concedido con la condición de que partiese inmediatamente y no se reuniesen con él sino algunas horas después los sujetos que había designado. Resignóse el pontífice, hizo se subir á un coche, y acompañado del coronel Radet que se sentó al vidrio, atravesó la ciudad y las primeras paradas sin ser conocido. Sin descanso fué llevado en posta hasta Radicofani, donde, ya bastante fatigado y viendo que no se le reunían las personas cuya compañía había pedido, se negó á ir más lejos. Tenía una gran calentura, y no era posible negarle cierto descanso. Al día siguiente continuó el viaje, cruzó por Siena, donde le recibió el pueblo de rodillas, pero dejándole ir, y el 8 por la noche llegó á la cartuja de Florencia.

La gran duquesa Elisa, hermana mayor del emperador, que desplegaba tanto tino como inteligencia en el gobierno de su hermoso ducado de Toscana, y á quien daban mucho quehacer algunos ánimos resueltos que esquivaban también allí como en otras partes el ascendiente de Napoleón, se asustó de la responsabilidad que con semejante depósito se echaba encima y temió perder el afecto de sus súbditos por cualquier sospecha de complicidad en aquel acto de violencia; y así no quiso tener al papa en Florencia. Al mismo tiempo, como la prontitud del rapto no había dejado lugar á que se diesen desde Schœnbrunn las órdenes necesarias en aquellas circunstancias, cada cual podía echar la carga á su vecino impunemente, y en consecuencia mandó la gran duquesa que saliese el papa para Alejandría, donde estaría en una plaza fuerte y al cuidado del príncipe Borghese. Pusiéronle el 9 en camino para Génova, escoltado por un oficial de gendarmes italiano, de carácter afable y muy á propósito para agradar á Pío VII, cediendo la gran duquesa para el agosto viajero su mejor coche de camino, enviándole su propio médico, y agregando á estas atenciones todo cuanto pudiese contribuir á hacer el viaje menos penoso. El noble anciano, apesadumbrado de verse arrancado de su querida Italia y exasperado con el cansancio, al par que afligido de verse siempre entre gente extraña, tuvo un momento de enojo por lo que de él se exigía, pero partió sin embargo para Génova. Fué apaciguándose al observar las consideraciones que se le tenían, y principalmente al ver que rodeaban su coche arrodillados los habitantes de los pueblos del tránsito, á quienes permitían acercarse sin que en ello hubiese inconveniente alguno, puesto que, si bien empezaba ya en todo el imperio á ceder el amor el puesto al odio, todavía el temor era grande y nadie se hubiera atrevido al compadecerse del papa á arrostrar la cólera imperial por liberarle. Sin embargo, sabedoras las autoridades francesas de que la población de Génova le esperaba á sus puertas para saludarle, le embarcaron á cierta distancia de